

« Zipi-Zape »

Vidas paralelas

Una vida es, como su cifra y resumen, una conciencia. Una conciencia debe de tener, si es lúcida y sincera, un sistema de convicciones que converjan a una fe en un destino último: es decir una Religión.

La Religión aplica, a la vida, el contenido de las conciencias: ser fiel a éstas en las acciones es ser decente consigo mismo y con los demás.

Ahora bien: se puede hablar de un paralelismo de conciencias, de unas vidas paralelas cuando éstas, dentro del cariz y rigor religioso, difieren en su contenido y en su fin último con radical distinción: tal, la fé en la vida extraterrenal, tal la fé en la vida terrenal.

Hay que suponer que su encuentro difícil y tormentoso si es que sucede en la vida, tenga lugar, al igual que en el postulado de Euclides, en el ignoto pero indeclinable infinito.

Dos vascos: su cuadro sinóptico:

Hablando por las noches con Sorozábal en Madrid sobre la idea y conflicto de compatibilizar el comunismo=universalidad con el nacionalismo=particularismo y acerca de las mutaciones bruscas, de las conversiones repentinas a lo San Pablo camino de Damasco, yo no podía estar conforme con éstas por creer que si son sinceras no hay tal repentismo sino que vienen rumiándose y sintiéndolas desde siempre y, si no lo son, son tanta farsa antes como después, yo le proponía en hora de moda de definiciones, que todo joven vasco hiciese su cuadro sinóptico en que cada llave fuese albergando de una manera general y como la especie a la familia y ésta al individuo sus naturales apetencias: desde ser una partícula universal-cósmica hasta alcanzar el grado más característico de su especificidad. Ejercicio espiritual y examen de conciencia muy recomendables en tiempo de «durdos» en el que vimos perfilarse y concretarse en el presente aquellos vagos e indeterminados «pálpitos» de la adolescencia que habían seguido, sin quebrarse, una ondulante trayectoria constituyendo ya hoy normas seguras y claras en las que se encaja nuestro espíritu con lucidez y firmeza.

Los «durdos»:

A los logreros, a los filisteos y fariseos, a los levitas y tira-levitas de la política, a los «frigios» de Heliópolis, a «los que saltan a las traseras de las carrozas triunfales» y se prenden cintajos y banderolas rojas y tricolores el mediodía del día del triunfo, a éstos les llama un amigo con acento de hosco desprecio ¡durdos!

¡Cuidado, obreros! que manchan estos espúreos, promiscuadores, estos Equis advenedizos.

¡¡DURDOS!!

Los «eziz-egonak»:

Para el suave Leizaola los nacionalistas, una vez convencidos, deben cerrar ojos y oídos y fluir compactos, apretados, en haz, como los «fajos», bajo el lema de Jel. Nada de ser salmones que brinquen y se retozen en el curso del río, que se escurran de las manos, buccen en los bajos fondos de la corriente o vuelen por encima de ella; éstos serían los eziz-egonak, los que tienen picor en el espíritu. Leizaola, tan lagartijero él, no admite, sin embargo, el «Oportet hoeresses esse» que ya San Pablo proclamaba: «conviene que haya herejes». Y es que las ideas en y para este mundo nunca, y menos ahora, han necesitado para su marcha de gentes con anteojeras de ninguna clase.

«El hombre malo de...»

Baroja era y es «el hombre malo de Itxea»: ahora, además, hay el hombre malo de Sanchoena: este simpático emparejamiento con don Pío lo ha hecho sin quererlo y con intención daña una persona que tiene espíritu y cuerpo en lamentable estado de suciedad.

La Joven República:

Hay que pensar que la República tiene muchos años por delante de labor. No nos asombra aunque nos duele que sus primeros pasos hayan desilusionado a los jóvenes de buena fé. Es lamentable ver intervenir y decidir a personas del más viejo régimen, mentalidades sórdidas y enquistadas, con métodos caciquiles y tópicos mohosos.

Los jóvenes entramos en la República con el alma limpia de prejuicios y de rencores, queremos ver el mundo con ojos lúcidos, impasibles, ardientes e incorruptibles y esos distingos en uso y abuso de «derechas» e «izquierdas» sin contenido y formularios, nos producen ira y vergüenza (véase el diálogo Lerroux-Azaña, ese de ¿conformes? conformes). Aquí el problema que la República tiene ante sí, auténtico, vivo, urgente y difícil es la socialización de la vida, del Estado, de la tierra, del trabajo, etc. y la verdadera separación, si se quiere, en «derechas» e «izquierdas» es la que tenga como substancia diferencial ese imperativo de justicia y no otro. Todo lo demás, esos avivamientos de los sentimientos religiosos y de algunos nacionalismos, esos programas «radicales» de los viejos republicanos y de otros grupos y sub-grupos entretenidos en distingos rancios, no son más que derivativos o encubridores o simples paños calientes de la cuestión trascendente y cruenta: Capital y trabajo) Como lo que en reciente conferencia médica y en plena Casa del Pueblo de aquí se planteó como solución e índice de la

cultura obrera: «el día del obrero» que para su escarnio, se recurrió a su comparación con el «día de la flor»: nada más lamentable y bochornoso). Con Ortega queremos construir un Estado moderno, poderoso pero justo, libre y de tendencia socializadora.

El Estatuto:

El Estatuto debe ser un punto de concordancia y un punto de conveniencia.

El concordato con la Santa Sede puede ser un punto de conveniencia pero no lo será al menos ahora, de concordancia.

La autonomía espiritual es el «todo» dicen los de Estella: es natural, por lo tanto, que la exijan los nacionalistas que han pedido siempre, por tener según ellos, derecho al reconocimiento de su personalidad jurídica, la integridad y libertad de sus determinaciones. Pero hay que darse cuenta, amigos, que exigir la autonomía espiritual, que es el «todo», la esencia de la nacionalidad, es pedir *el nacionalismo* y hemos quedado, por concordancia y conveniencia, en pedir *un estatuto*: seamos claros: una cosa u otra; si pedimos el *nacionalismo* vamos a pedirlo con todas sus consecuencias y sin limitaciones; si pedimos el estatuto no nos salgamos de su significación porque de lo contrario no nos pondremos de acuerdo nunca y así no habrá más que el estatuto que nos quieran dar, bien a remolque del catalán, bien por espontaneidad de la Cámara pero no el exigible por la fuerza de una unanimidad o de una mayoría suficiente para imponerse, brotando de un País dividido y enconado.

Por lo demás, el problema es el de ahondar cada vez más la cultura, cultura que no es, tan solo, luchar contra el analfabetismo como torcidamente se ha esgrimido por ambas partes, unos con frases y otros con estadísticas, en la campaña pre-eleitoral, y el de elevar la enseñanza aquí y en el resto de España. No creo que en un porvenir así se presentase este conflicto del Concordato de la manera insoluble e irreductible con que hoy se presenta.

Nacionalismo

Unamuno suele decir: «pueblo que no tiene historia pueblo que no tiene porvenir»

Pues bien: nosotros queremos aflorar y dar al mundo lo que de original y de genial puede tener el subsuelo de la raza: nosotros queremos una cultura auténtica y organizada vasca.

Claro es que pedimos para esto una libertad de movimientos, sobretodo del económico, descentralizándolos, para estructurar en un conjunto homogéneo y orgánico todo lo que de disperso, esporádico o injertado ha dado su genio por el mundo: pero pedimos también ya que no parimos de unos derechos sino de un ensayo de enriquecimiento cultural, voluntad segura y unánime en el empeño, conciencia clara de su destino y libertad en su curso y desarrollo. Veremos a ver qué pasa: si la raza tiene, como creemos, capacidad para cultivarse en un todo orgánico y disciplinado y dar su nota específica o, por el contrario, solo es capaz de producir grandes individualidades de espíritu emigrante y aventurero.

Esta ocupación y tendencia va comprendida en mi cuadro sinóptico en la llave de la cultura hispana en su primer término y con dedicación especialísima.

La Estatua

Hay que rescatarla de su desgracia: su origen fué una desproporción entre el mito que se quería festejar y la realidad de la historia: esa es la verdad: hubiera bastado una lápida en el salón de sesiones y nuestros ilustres antepasados, grabados en letras de oro, se hubieran podido sentir satisfechos de su lustre e inmortalidad.

Pero se enreascó el ambiente: se iniciaron las protestas y las coplas burlescas; hubo conflictos en el emplazamiento; terció una crítica periodística sectaria, reflejo de una tertulia; tomó parte el clero y no quiso bendecir impudicos (según él) senos al aire; los chavales la cogieron por su cuenta y la ensuciaron de lodo y porquería; las chicas, al pasar, de lante de ella, se miraban entre sí y se reían con desenfado: total: que tras una visita de una comisión de concejales y técnicos a Guetaria para «comparar» el grado de desnudez de las formas de la «Victoria» de Macho con la nuestra se le ocurre al que hacía entonces de alcalde, nuevo verdugo del martirologio estatuario, opinar «que se le cercenen los pechos y, en ese caso, se la podrá inaugurar»

No hubo tal desmochen. Se la cubrió como a jameleo de corrida, con vil arpillera que el tiempo y los tirones de los chiquillos se encargaron de arrancar. Ahí está indiferente en el recuerdo de la gente y relegado como un trasto viejo, de la estimación de las personas inteligentes.

Hay que redescubirla: no tiene Guipúzcoa ni en España sobran, excepción de Julio Antonio, esculturas de aire moderno, tanto de tendencia como de técnica; como la nuestra.

Sin pasión ninguna y con algún conocimiento, la podemos equiparar a las mejores que se ven por ahí fuera y lo único que echamos a su alrededor de menos es la falta de una doble atención, una por partes de las autoridades que la dejan sin cuidados y sin su complemento (ya que también la suscripción, a pesar de la terquedad de los patrocinadores, se quedó a mitad de camino) y otra por parte nuestra que no la queremos ver a pesar de estar ya lejanos aquellos apasionamientos que enturbiaron nuestra retina.

Luis Samperio